LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 18 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM. 412

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ÁRABE DE LA CALLE DEL CAIRO
Acuarela del natural, de Vicente Volpe
(Exposición Universal de París)

No vayan á figurarse nuestros lectores que se trata de un verdadero hijo del desierto; nada de esto, el Arabe de la calle del Cairo que tan bien ha pintado el artista italiano Volpe no es ni más ni menos que su modelo, un joven italiano que utilizando sus conocimientos en la lengua árabe, de la que posee bien que mal un centenar de palabras, y explotando la desenvoltura con que lleva el turbante (unos y otra aprendidos durante una estancia de cuatro años en Túnez) fué ajustado por un mercader marroquí y se ha ganado la vida este verano vendiendo turrones en el Campo de Marte.

¡Cuántos como este habrán pasado por exóticos de pura sangre en la Exposición recientemente cerrada!

BUSTO DE BRONCE:
estudio para el grupo «Sagunto» de A. Querol

Notable en extremo así por la expresión como por la verdad del modelado es el busto de Querol que le sirvió como estudio para el magnífico grupo *Sagunto,* que obtuvo medalla de oro en nuestra Exposición Universal del año pasado y que hace algún tiempo reprodujimos, por cual razón no entraremos acerca de él en detalles que ya entonces consignamos limitándonos á reiterar nuestros aplausos al distinguido compatriota.

Querol acaba de ser premiado con medalla de plata en la Exposición de París por el busto de Tulia que publicamos en uno de nuestros anteriores números.

Felicitámosle cordialmente por tan merecida como honrosa recompensa.

LA LECCION DE ESCRITURA,
cuadro de Enrique Pastelini

La lección de escritura entra de lleno en las tendencias de la escuela moderna que buscando la belleza en la verdad va dejando á un lado los asuntos que califica de relumbrón para trasladar al lienzo las escenas de la vida real moderna sin desdeñar siquiera aquellas que en no remota fecha hubieran sido, por su sencillez extrema, tachadas de eminentemente pueriles. Pastelini ha probado que aun dentro de éstas pueden encontrarse temas que impresionen agradablemente, pues nadie negará que las dos figuras de su cuadro sorprendidas por el pintor en un momento que bien puede llamarse prosaico forman un grupo encantador gracias á la expresión de los dos rostros, de los cuales el del niño es obra maestra, y á la admirable combinación de las cuatro manos: la ilusión es tan completa que, sin querer, espera uno ver correr la pluma y acabar la palabra empezada por el infantil pendolista guiado por la mano de la humilde profesora.

UN IDILIO EN LA ARCADIA
cuadro de C. Wunnenberg

Apoyada en un largo palo, llevando en la mano izquierda el cántaro de barro y acompañada de sus cabras favoritas, encamínase la gentil pastora á la cercana fuente pensando en el pastor amado que ha hecho nacer en su alma las dulces sensaciones del amor más puro. Distraída en tales pensamientos desciende los escalones del rústico sendero cuando llegan á sus oídos los tiernos trinos de melodiosa flauta. ¡Es él que escondido entre las ramas del frondoso laurel acechaba su paso para sorprenderla y repetirle una vez más sus amorosas protestas! Hasta aquí el cuadro, pero bien podemos suponer, sin temor de equivocarnos, que la hermosa Filis no irá sola hasta la fuente y que sus fieles compañeras habrán de mirar con envidia cómo prodiga al bello Amintas las caricias que para ellas creyeron exclusivas.

El pintor alemán ha atendido más á la leyenda poética que á la verdad histórica, pues sabido es que la Arcadia distó mucho de ser el país de los idilios tal como hoy lo imagina el vulgo y tal como en algún tiempo lo describieron los poetas bucólicos. Pero de todos modos su cuadro resulta una composición bellísima en la que un fondo pintoresco hábilmente trazado contribuye á hacer destacar la clásica belleza de la principal figura.

COCHEROS DE PLAZA,
dibujo á la pluma de G. de Ankarcrona

No es necesario haber estado en Alemania, de donde parece tomada la escena tan hábilmente dibujada por Ankarcrona, para apreciar la naturalidad con que este artista ha sabido reproducirla:



ÁRABE DE LA CALLE DEL CAIRO (Exposición Universal de París)
copia de una acuarela tomada del natural de Vicente Volpe

donde quiera que haya un paradero de coches de plaza, allí han de encontrarse tres ó cuatro modestos automedontes formando corro, enterándose de las noticias del día y esperando quien demande sus servicios, mientras sus flacos rocines descansan de sus fatigas y de los golpes apenas sentidos á fuerza de prodigados, sacudiendo de cuando en cuando sus morrales para hacer llegar hasta sus bocas los granos que yacen en el fondo casi perdidos entre una excesiva cantidad de paja.

MI RETRATO,

cuadro de Carlos Verlat. Vista de Jerusalén

Animado por la idea de que la pintura religiosa moderna sólo podría adquirir nueva vida y nuevas fuerzas rompiendo los gastados moldes del antiguo convencionalismo y estudiando práctica y detenidamente los Santos Lugares, emprendió Verlat un viaje de estudio por una parte de Egipto y por Palestina recorriendo á pie las áridas comarcas del desierto de Judá y las orillas del mar Muerto, montando su caballete en pleno campo donde quiera que veía algo digno de ser apuntado y pintando algunas veces bajo una temperatura de 45 grados Reaumur. Durante esta excursión, que duró dos años, pintó en el año 1875 su propio retrato, tal como lo reproducimos, en actitud de estar tomando apuntes de la ciudad de Jerusalén que en el fondo del cuadro se extiende. Resultado de este viaje fueron treinta cuadros que expuso en Amberes en 1877 con motivo del tercer centenario del natalicio de Rubens, y que causaron verdadera sensación, especialmente los de grandes dimensiones titulados *Vox Dei* y *Vox populi*, en los cuales desarrolló dos pensamientos originalísimos y magistralmente ejecutados.

Carlos Verlat que en 1869 y durante algunos años dirigió la Escuela de Artes de Weimar es actualmente director de la importante Academia de Artes de Amberes. Cuenta sesenta y cinco años, pero todavía conserva la plenitud de sus excepcionales facultades artísticas.

EL OSO POLAR «LILLIMORE»

cachorro del Jardín Zoológico de Londres

Este oso fué cogido en Spitzberg y enviado á los jardines de la *vía* Aberdeen llegando á Londres el día 2 de junio del presente año. Tiene unos siete meses y ha sido ofrecido á la Sociedad Zoológica por Mr. Arnold Pike: cuando llegó á la capital inglesa, su tamaño era el de un perro regular de Terranova y no se le colocó con los demás osos sino que se le puso en una jaula aparte y no se le permitió que se bañara á su antojo, dándosele de cuando en cuando algunas duchas. Durante su viaje á bordo del *Lillimore*, de donde tomó su nombre, fué muy atormentado por los grumetes á consecuencia de lo cual se volvió algo fiero.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de E. Harburger

Edmundo Harburger pertenece á la escuela de los que en Alemania se denominan «pequeños pintores» calificación que sólo puede traducirse exactamente por «pintorores de escenas generalmente populares presentadas en cuadros de pequeñas dimensiones.» El posadero, el bebedor, el tendero y otros por el estilo son sus tipos predilectos; el interior de una bodega, el comedor de una posada y otros lugares análogos son los sitios que con preferencia reproduce; la minuciosidad, la exactitud en todos los detalles son su característica. Mas no se crea que sean estas las únicas cualidades del insigne artista, pues por encima de todas ellas está el color local, la vida que sabe imprimir en todas sus obras y que con razón le han hecho comparable con el ilustre Teniers.

La cabeza de estudio que reproducimos es un conjunto de primores que acredita cuanto llevamos dicho y al cual no hubieran desdeñado de poner su firma los grandes maestros de la antigua escuela flamenca, cuyos cuadros alegran la vista y regocijan el ánimo de cuantos visitan los mejores museos de pinturas.

LA LEYENDA DEL FARO DE EDDYSTONE

(Conclusión)

Así me vengaría si semejante castigo no fuese sobrado infernal, aun para la ofensa más grave; porque, aun admitiendo que ciertos crímenes merezcan la muerte, no hay nada que deba inducirnos á ejercer la misión del demonio, á viciar, á mutilar, á destruir las almas.

Durante este terrible período, busqué en lo posible un refugio en el sueño. Aparte de la época de mis comienzos, cuando me tocaba de guardia la segunda mitad de la noche, me tendía en el pavimento de la linterna y dormía á pierna suelta: la lámpara ardía como podía. Esta negligencia sistemática fué causa de otra riña con el escocés.

Haría poco tiempo que estaba yo de guardia cierta noche, cuando mi compañero subió y me encontró dormido. Esto sucedió unas tres semanas después de mi llegada á la torre, según pude conjeturar posteriormente, pues en el momento de entablarse la querella, había perdido yo toda noción del tiempo. Cuando me desperté, ví á mi escocés sentado tranquilamente á mi lado y leyendo su Biblia sempiterna. Contentóse con decirme que podía retirarme á descansar, si así era de mi agrado, y yo le cogí la palabra y bajé á mi cuarto.

A la mañana siguiente me preguntó si no me avergonzaba de haberme dormido y no haber desempeñado mi cometido, extrañándose de que tan poco celo me inspirasen mis deberes. Le respondí que, en cuanto á lo segundo, era una cuestión de conciencia que á nadie incumbía sino á mí, y en cuanto al sueño, le dije que dormía tan ligeramente, que de seguro me habría despertado si hubiera ocurrido algún desperfecto en el reflector.

– ¿Todavía pretende V. defenderse y justificar su conducta? Suponga V. que se hubiera incendiado la linterna. ¿No sabe V. que ya ha sucedido este percance y que el plomo derretido de la techumbre cayó en la boca de un torrero en términos de que cuando el médico hizo la autopsia del cadáver, le encontró ocho onzas de plomo en el estómago?

– ¿Y cree V., viejo marrullero, asustarme con esos cuentos ridículos? ¿Habrá quién crea que el plomo derretido ha corrido por el gaznate de un hombre hasta su estómago? No seré yo quien dé crédito á semejantes patrañas: guárdelas V. para un oyente capaz de digerirlas. Además, ni las mentiras ni las miradas furiosas de V. me impedirán dormir cuando me plazca; en lo cual no puede haber ningún daño, y siempre que esté cansado, dormiré; ¿lo oye V.?

Fijó en mí largo rato una mirada penetrante, pero no me contestó. Cogiendo entonces el libro de señales, lo consultó, escogió dos y subió á la galería. Al poco rato volvió, y poniendo sobre la mesa tintero, plumas y papel, me dijo:

– Acabo de hacer la señal convenida para que venga la lancha, y voy á escribir á la administración; tengo el deber de avisarle que V. no me ayuda.

– Haga V. lo que guste, – contesté con indiferencia.

Alegrábame en efecto de que las cosas hubieran tomado aquel giro, pues aunque debiera sufrir un castigo, la esperanza de salir de mi horrible prisión me enajenaba de júbilo. Subí al punto á la galería y dirigí afanosas miradas hacia el sitio por donde debía venir la lancha, y así pasé dos horas sin ver nada. Tan preocupado me tenía el deseo de recobrar mi libertad que no eché de ver hasta entonces la profunda agitación del mar, el cual azotaba el escollo de Eddystone con tal furia que la barca no hubiera podido acercarse á él. Grande fué mi desaliento, porque los vientos del equinoccio reinaban con toda su intensidad y al parecer aun continuarían mucho tiempo así. Sin embargo, me hice la cuenta de que aun cuando soplaran del mismo modo quince días, al fin y al cabo dos semanas no eran seis meses.

Reanimado con esta reflexión, bajé á reunirme con mi compañero.

– Vejete delator, – le dije, – puede V. guardar su carta para mejores días. No se acercará aquí ninguna lancha con el tiempo que hace, y esa carta no saldrá de aquí, ni yo tampoco, cosa que siento á fe mía.

– Lo veremos, – me replicó.

Y así diciendo, enrolló su misiva, y en seguida la metió en una botella que tapó y lacró cuidadosamente.

– ¡Calla! – exclamé; – he ahí un sobre de nuevo género; comprendo su intención de V., pero confieso que no le creía tan ingenioso.

Por la tarde apareció á lo lejos la lancha hendiendo con trabajo las olas para acercarse á la torre, y mi compañero hizo á los marineros seña de que se pusiesen al pairo á sotavento. Cuando se hubieron detenido, echó al mar la botella, que fué navegando hacia ellos, y tuve la alegría de saber que ya se conocía enteramente mi falta.

Por tres días consecutivos se mantuvo la lancha á la vela procurando en vano acercarse al faro. El cuarto y el quinto días un viento duro del sudoeste la impidió salir del puerto. Mientras tanto, el viejo hizo solo el servicio de noche, porque no quiso ya fiarse de mí, y yo estaba contentísimo de que me librara de una tarea enojosa. Pero en mi satisfacción no advertía que mi compañero iba perdiendo rápidamente las fuerzas; aquellas vigilias continuas minaban su salud. Si le hubiese mirado, habría visto impresas en su rôstro las huellas de sus fatigas, pero yo apartaba constantemente los ojos de él.

El temporal duró dos días más. En la noche del segundo, me eché á dormir como de costumbre poco después de ponerse el sol. A las pocas horas me despertó el sonido de la campana de alarma, puesta con un alambre en comunicación con la linterna. Levantéme al punto, me vestí á toda prisa y subí rápidamente por la escalera, no sin halagarme la idea de que habría ocurrido algún percance mientras el celoso viejo estaba de guardia. «Quizás voy á ver, decía para mí, la famosa prueba del plomo derretido.» Pero el espectáculo que se ofreció á mis ojos modificó totalmente mis presunciones.

El anciano torrero estaba tendido á la larga en el pavimento de la linterna. Se había indispuesto de pronto y parecía padecer mucho.

– ¡Por fin ha venido V.! – me dijo. – Ha sucedido lo que temía... ¡Me muero, joven, me muero!

– ¿Está V. en su juicio? – le contesté no sin cierto terror: – no puede V. estar tan malo como cree: ca, anímese.

– Me faltan las fuerzas... He pasado muchas zozobras, y ya no puedo vivir mucho; pero no nos ocupemos de esto, sino del faro. ¿Qué será de él cuando se quede V. solo?

– No se cuide V. ahora del faro, sino de su salud. ¿Qué puedo hacer por V.? ¿Qué remedio podrá aliviarle? Hable usted y disponga de mí.

– Será inútil todo remedio, – contestó el anciano, que empezaba á expresarse con trabajo; – acérquese V. y óigame. Tendrá V. que vigilar esta noche, en mi lugar, aunque me haya muerto. Tan luego como empiece á amanecer, consultará V. el libro de señales que está ahí, debajo de mi Biblia, y avisará V. á la administración que venga la lancha á toda costa.

– Bien, bien, – le dije sin hacer gran caso de sus palabras, porque el recelo de verle morir me tenía perturbada la mente. No había previsto semejante desgracia.

Me arrodillé junto al pobre hombre y le así una mano, que estaba fría y húmeda, y que, en mi sorpresa y angustia, volví á soltar sin saber lo que hacía. Trascurrieron uno ó dos minutos, durante los cuales permanecí inmóvil, no atinando con lo que debería decir ó hacer. De pronto, y con gran terror mío, una expresión extraña animó el rostro del paciente, cuyo estado empeoraba sin duda alguna.

– ¿Qué va á ser de mí? – exclamé. – Vamos, ánimo, sobrepóngase V. al mal, muévase V.

Intentó decir algo, pero no pude oir nada distintamente. De pronto, exclamó con voz clara é inteligible:

– He cumplido mi deber; no he podido hacer más.

Pareció iluminarse su rostro; tuvo un estremecimiento convulsivo, y procuró levantarse, pero faltándole las fuerzas, cayó de espaldas murmurando con ronco acento:

– ¡El faro! ¡el faro!

Y expiró.

Le llamé varias veces, levantando progresivamente la voz; mas tan sólo me contestó mi propio eco. Le alcé la cabeza, y ví que tenía los labios contraídos y los ojos vidriosos. Aquella mirada empañada, inmóvil y sin expresión me estremeció; jamás la olvidaré. Brotó de mi frente un sudor frío, y lleno de angustia, salí precipitadamente de la linterna. Bajé la escala, cuidando de cerrar la escotilla, me tendí en la cama desesperado, y me tapé los oídos para no oir el silencio formidable y solemne que reinaba en torno mío, el silencio de la muerte. Habíame quedado aislado, sin compañero. Turbó mi razón una especie de insensatez que me obligó á estar largo rato encogido, pareciéndome oir murmullos, cuchicheos, suspiros y roces como si hubiera alguien en la estancia: me arrimé á la pared temeroso de que me cogieran por detrás, y contuve el aliento para que no revelase mi presencia allí. Pero la mirada fija y vidriosa del cadáver no se apartaba un momento de mi imaginación, persiguiéndome hasta en la oscuridad profunda que me rodeaba. De vez en cuando corría por todo mi cuerpo un calofrío de horror, y parecíame que mi sangre circulaba con más lentitud. Estaba abatido, anonadado; me encontraba solo con la muerte.

Creí que aquella noche no iba á tener fin. Sin embargo, empezó á clarear, y logré dormirme abrumado de miedo y de cansancio. ¡Cosa extraña! tuve sueños agradables y me desperté sonriendo cuando era ya muy entrado el día. Pasé algunos segundos sin acordarme del terrible acontecimiento, mas de pronto acudió á mi memoria como un relámpago y volví á caer en la cama como si alguien me hubiera empujado con violencia.

Comprendí de nuevo el horror de mi posición: lo que la soledad me había hecho padecer anteriormente no era nada en comparación de lo que á la sazón sufría. Antes, tenía por lo menos un ser humano junto á mí; aunque mediaran pocas palabras entre aquel anciano y yo, siempre era una sociedad para mí, y podía reunirme con él cuando me pareciera: por lo común no quería hablarme, pero rompía el silencio en caso necesario. Ahora sucedía todo lo contrario; veíame enteramente abandonado: la muerte era mi única comensal, mi compañera de lecho; la muerte compartía conmigo aquella vivienda en un escollo azotado por la tempestad.

Traté de cumplir la última recomendación del escocés, á lo cual me estimulaba el deseo de salir cuanto antes de mi prisión. Subí á la escala para hacer las señales, procurando olvidar que tenía que pasar por junto al cadáver; pero á los pocos peldaños, me detuve; érame imposible seguir adelante y bajé. ¡Entrar en la linterna, ver otra vez aquella fisonomía descompuesta, aquellos ojos siniestros, era empresa superior á mis fuerzas!

Ocurrióseme sin embargo dominarme, coger el cadáver y echarlo al mar; me parecía que de este modo aquellas terribles ilusiones que me perseguían se desvanecerían por sí mismas. Pero caí en la cuenta de que si sepultaba en el fondo del mar aquel cuerpo muerto sin que alguien lo hubiese visto, me exponía á que me acusaran de haber asesinado al viejo, con tanto mayor motivo, cuanto que su aviso debía hacer suponer que no nos llevábamos bien.

De este modo pasó el día, que me pareció eterno; y cada vez que me acuerdo de él, me lo parece todavía. Empezó á anochecer, pero no encendí la lámpara; bien hubiera querido hacerlo, pues sabía que tal era mi deber, y conocía mi responsabilidad y las funestas consecuencias que mi negligencia podía acarrear; mas en vano habría intentado efectuar aquella operación; la sola idea de que tendría que pasar la noche al lado del muerto, me llenaba de terror.

Llegó la noche; noche que jamás olvidaré, aunque viviera más años que los patriarcas de la Biblia. Soplaba con furia el viento; el cielo, aunque velado, daba paso á través de las nubes al pálido resplandor de la luna. Me asomé á una ventana que abrí para que la brisa me refrescara el rostro, pues á causa de la fiebre tenía la sangre arrebatada á la cabeza, y contemplaba cómo se estrellaban las olas contra la roca, viéndolas engrosar, formar masas enormes, precipitarse estruendosas sobre el escollo, y luego retirarse convertidas en sábanas de espuma fosforescente. Observábalas hacía algún tiempo con vaga mirada, porque á mi agitación había sucedido una especie de estupor, cuando me pareció vislumbrar una luz hacia la parte de donde soplaba el viento. Aquella luz desapareció, por lo cual creí haberme engañado, pero brilló de nuevo. Miré con más atención, y después de dos ó tres alternativas semejantes, me convencí de que era el fanal de un barco que la ondulación del mar ocultaba y dejaba ver sucesivamente. Cuando volví á divisarlo, esperé con afán que atravesara la línea de mi rayo visual; mas ¡ay! no fué así; siempre que reaparecía, lo veía en el mismo sitio relativamente al horizonte, y adquirí la certidumbre de que navegaba directamente, ó poco menos, hacia el fatal escollo en que me hallaba situado. Tuve entonces un horrible presentimiento y en mi conciencia se elevó una voz acusadora. Culpa mía era si la fiel linterna no servía de aviso á los marinos, si no los desviaba del camino por donde corrían á su perdición; mi pusilanimidad esterilizaba la utilidad del faro, y la terrible consecuencia de mi falta se iba á tocar muy en breve. Más le hubiera

valido al desdichado buque que no se hubiese construído nunca el faro de Eddystone, pues los navegantes no habrían contado con su luz ni creídose lejos de la funesta roca, que por mi culpa iba á ser una valla mortal para ellos.

Mi primer impulso fué correr á encender la lámpara, y probablemente hubiera arrostrado el espanto que me causaba la linterna; pero reflexioné que no bastaría media hora para arreglarla, porque la noche anterior había ardido mientras le quedó aceite y se había apagado por falta de este líquido. Así pues, hubiera sido menester ante todo remediar con mucho trabajo los efectos de mi negligencia. ¡Media hora, cuando tenía la seguridad de que dentro de pocos minutos el buque se estrellaría contra el escollo ó pasaría por muy cerca de él!

La luz se acercaba rápidamente: ¡con qué emoción la veía aproximarse! Mi inquietud era tanta que hasta perdí el sentimiento de mis propios dolores.

El barco seguía avanzando, y la luz sólo estaba á medio cable de mí. No era ya posible que los marineros esquivasen las peñas, cuando precisamente se dirigían al punto del escollo en que yo me encontraba. Me puse á gritar con todas mis fuerzas, pero inútilmente: el ruido del temporal y el de las espumosas olas se sobreponían á mi voz. De pronto ví que la luz se desviaba; los marinos habían columbrado el escollo y cambiado la posición del timón; sin embargo, era ya tarde: y aunque no por falta de vigilancia, la desdichada tripulación corría á la muerte. Llegó á mis oídos el choque de las vergas contra los palos y el traqueteo de las velas agitadas por el vendaval; ví también pasar por delante de mí una cosa blanca, que era probablemente una vela arrancada violentamente de su relinga.

Casi en el mismo momento oí un estruendo espantoso; la luz desapareció, y el siniestro crujido de los mástiles que caían por encima de la mesa de guarnición se mezcló con los silbidos de las rachas. Hubo un momento de silencio; luego, la tripulación entera prorrumpió en un grito terrible y resonó la campana de alarma: fué su fúnebre toque de agonía, pues hombres, lanchas, aparejos, mercancías, todo quedó sepultado en el seno de las olas!

Cerré la ventana y me dejé caer en una silla, en la que perdí el conocimiento casi inmediatamente, porque no me acuerdo de nada, sino de que me desperté ya muy entrado el día. Levantéme y me puse á arreglar el cuarto, deteniéndome una ó dos veces para maldecir la memoria del viejo escocés, causante principal, en mi concepto, de todo lo acaecido, y para infundirme ánimo contra los recuerdos de aquella noche. «El mal ya está hecho, decía para mí, y lo que no tiene remedio no debe dejar tras sí pesadumbre. En último resultado, todo lo que ha sucedido es que se ha perdido un buque, como tantos otros antes que él: fuerza es que el hombre muera un día ú otro.»

Hablábame así á mí mismo, mientras arreglaba los muebles del cuarto, removiéndolos, cambiándolos de sitio, sin más objeto que el de ocuparme en algo. Hacía mal en comentar tan ligeramente una desgracia tan grande; pero aquel peso, que al pronto soportaba mi alma con una soltura culpable, se ha ido haciendo más onusto de día en día y ha acabado por gravitar sobre mi conciencia de un modo intolerable. Aun oigo resonar de continuo en mis oídos las formidables palabras del anciano torrero: «Si por negligencia nuestra llegara á estrellarse un buque contra las rocas que nos rodean, podría imputársenos como un crimen la muerte de cada hombre; seríamos homicidas, asesinos!»

¡Homicidas, asesinos! Estas palabras me persiguen aún día y noche.

El secreto que llevo en mi conciencia, porque nadie sino yo es sabedor del triste fin del barco y de su tripulación, ese terrible secreto no me deja sosegar. Constantemente temo revelarlo por inadvertencia ó soñando; siempre me parece que se alude á él y que se sospecha de mí; y sin embargo, deseo confiárselo á alguien; siento que muchas veces acude á mis labios, y aun cuando creo que experimentaría algún alivio dándolo á conocer, no me atrevo y aun hoy mismo no sé si publicaré estas páginas.

Poco después de haberse perdido el barco, amainó el temporal; el viento perdió casi toda su fuerza, y el mar abonanzó lo bastante para que la lancha pudiera salir del puerto. Dos ó tres hombres desembarcaron al pie del faro; el primero de ellos era el mismo que al conducirme allí había hecho la observación de que estábamos en viernes.

– Me lo figuré, – dijo al verme; – ya ve V. lo que se gana poniéndose en marcha en viernes. ¡Hola! ¿con que dormía V. mientras estaba de guardia? ¡Valiente perezoso es V.! ¿Qué hubiera sucedido si la lámpara se hubiese apagado?

Al oir esto, dejé escapar un gemido involuntario; pero el marinero, equivocándose acerca de la causa que me obligó á exhalarlo, añadió:

– Sí, hace V. bien en gemir y avergonzarse de su conducta. ¿Dónde está el escocés?

– Ha muerto, – contesté.

Todos se estremecieron.

– Su cadáver está en la linterna, – repuse. – Le he dejado en el mismo sitio en que ha expirado.

Referí detalladamente las circunstancias de su muerte, diciendo que si no lo había tocado, fué, no tan sólo por una especie de terror supersticioso, sino porque no se me pudiera imputar su muerte.

– Mala noche ha debido V. pasar en la linterna velando junto á ese difunto, – dijo el oficial; – el cometido era bastante desagradable; no le creía á V. anoche en tan enojosa posición cuando ví brillar el fanal en medio de las tinieblas.

¡Cuando vió brillar el fanal! ¿Se estaba burlando de mí? ¿Se tenía noticia de la pérdida del barco? No, nadie lo sabía. Por extraño que parezca, el oficial estaba tan seguro de haber visto la lámpara encendida, que hasta lo hubiera jurado.

Nadie sospechó mi criminal negligencia. Súpose que el *Júpiter*, buque de la Compañía de las Indias, se había ido á pique cerca de la costa; pues algunas reliquias y tablones en que estaba pintado su nombre, aparecieron en la playa al cabo de uno ó dos días; pero nadie presumió que se hubiera estrellado contra las rocas de Eddystone.

Los magistrados, considerando lo que yo habría padecido, no quisieron mostrarse rigorosos conmigo, y se contentaron con retenerme el sueldo y despedirme. Yo vendí mi reloj roto á un judío por veinticuatro chelines y un vaso de grog: me desprendí de él con sentimiento, porque era un recuerdo de mi madre. Por desgracia, no me quedaba más recurso. Aquella reducida suma me permitió vivir miserablemente unos quince días, hasta que pude encontrar colocación en un barco de cabotaje.»

MANUEL ARANDA

EL PRIMER VIAJE

(Conclusión)

En fin, olvidóse el mal rato y, salvo el instintivo horror que doña Angustias, Nicolasa y Pascualico experimentaban cuando el convoy desaparecía en las cavidades de los túneles, pasó alegre la mañana y á poco, tras los montes calvos y escuetos, apareció el valle de Alora con sus plantaciones de naranjos, limoneros y granados, como feliz contraste de las desoladas cumbres de los Gaitanes, que quedaban lejos.

Acostumbrada la familia de D. Prudencio á los maravillosos esplendores de Granada y de sus campos, no podía admirarse de la graciosa decoración, pero en cambio, buscaba con empeño el mar azul, que debía estar próximo, según las emanaciones que traía la brisa; emanaciones en nada parecidas á las de valles, montañas y llanuras.

VI

Tenemos, pues, en Málaga la familia que hasta aquel momento vivía tranquilamente en la Vega de Granada. Ocupa cómodas habitaciones en un hotel; ha visto el mar, experimentando las inexplicables emociones de quien por primera vez se encuentra frente al gigante de la creación y, ya extinguidas las amarguras del viaje, empieza á comprender que hay un encanto indudable en recibir impresiones y conocer el mundo, sin limitarlo al pedazo de tierra donde se ha nacido y donde se espera morir.

Don Prudencio y su respetable esposa, ni más ni menos que los simpáticos niños, estaban en Málaga como en su centro y casi tenían pretensiones de llamar la atención.

Sin embargo, contra el unánime sentir de la familia, la presencia de estos honrados tipos rurales pasó desapercibida en el paseo y en los baños y sólo algún guasón dirigía requiebros humorísticos á Nicolasa, la cual bajo el peso de su sombrero engalanado con flores, sudaba la gota gorda, no de otra suerte que si llevase en su cabeza un *carmen* de Granada.

Todo marchaba á las mil maravillas, y aunque aquella gente no aprendía con la expedición veraniega, pues á nadie conocía y de nadie adquiría datos y ese cúmulo de pequeñeces que sirven para formar un caudal en el que teoría y práctica se confunden, es lo cierto que á las revelaciones del carácter inculto y á los asombros de la naturaleza huraña, sucedían la inspección reposada y el razonamiento siquiera mediano.

Pero llegó el instante de la prueba y fué cuando don Prudencio entró un día en el hotel, diciendo con infantil regocijo:

– ¡Ya ha venido! ¡Ya ha venido! ¡Viva!

– ¿Quién? – preguntaron doña Angustias y sus hijos.

– ¿Quién ha de ser? El *Alfonso XII*.

– ¡Bravo! ¡bravo! – repitieron Nicolasa y Pascualico, dando saltos de alegría.

– ¡Vaya una pieza! – añadió D. Prudencio. – Ni el *Nautilus* de que habla Julio Verne, ni el vapor en que fueron los hijos del capitán Grant en busca de su padre, se le igualan.

Doña Angustias recordó en un momento las congojas sufridas en el tren, y preguntó:

– ¿De modo que estás resuelto á que vayamos á ver ese barco?

– ¡Ya lo creo! – repuso el marido.

– Y ¿lo has reflexionado?

– ¡Qué ocurrencia!

– Me parece que antes debías informarte de alguna persona que sepa lo que son esas visitas.

– ¿Para qué?

– La prudencia no está reñida con la curiosidad.

– Yo considero que no supone una temeridad el hecho de entrar en un vapor.

– Y yo pienso lo contrario.

– ¿Qué dirás entonces de los que navegan?

– Son una docena de locos.

– ¿Y los que prestan al comercio importantes servicios, dedicándose á la profesión de marinos?

– Son hombres acostumbrados.

– Pues para acostumbrarse hay que pasar un noviciado.

– Pero nosotros no estamos en ese caso; de manera que sobra la visita.

– Vamos, mamá; no insista V., – interrumpió Nicolasa; – yo quiero ir al *Alfonso XII*.

– Y yo también, – añadió Pascualico.

– Iremos, hijos míos, – repuso la madre con mansedumbre; – mas la Virgen de las Angustias sabe que os acompaño como si fuera al matadero.

– Tranquilízate, que nada nos sucederá, – observó don Prudencio; y con júbilo de los jóvenes se convino la hora de ir á bordo; esto es, de que aquel hombre realizase uno de sus ensueños. Y, no obstante, desde su llegada á Málaga habíase limitado á contemplar en la Cortina del Muelle el inquieto mar, sin decidirse á poner el pie en un bote. El coloso le imponía, y esta fué la causa de que se abstuviese de hacer relaciones con el Mediterráneo azul.

Ahora surgía un caso de dignidad y no debía retroceder.

VII

El *Alfonso XII* se destacaba majestuoso, fuera de puntas, y su arrogante mole recortábase poderosa, mostrando las dos chimeneas y los cuatro mástiles, rematados por banderas izadas á los topes.

Los inteligentes en construcciones náuticas y los simples aficionados á las cosas de mar, miraban con interés aquel modelo de buques, ya admirando la gallardía del casco, de fina proa, ya sus proporciones extraordinarias.

Don Prudencio llegó con su familia al embarcadero, y extendiendo un brazo hacia la nave, exclamó en actitud dramática ó poco menos:

– ¡Aquel es!

Doña Angustias, Nicolasa y Pascualico respondieron con frases de asombro, pero antes que pudieran saciarse en la contemplación del objetivo, una nube de boteros rodeó á los lugareños ofreciéndoles sus servicios. Ajustado el pasaje, comenzó la tarea, sobrado peligrosa, de saltar á la pequeña embarcación. Don Prudencio fué el primero y, aunque con trabajo y torpeza, lo siguieron sus hijos. Llegó el turno á doña Angustias y entonces estalló el conflicto. Hubo necesidad de numerosos brazos para empujarla al bote y cuando tocó la frágil navecilla que se mecía con alarmantes movimientos, lanzó un grito de *¡socorro!* tan terrible, que al oirlo acudió el carabinero de la explanada del muelle, y algunos transeuntes, ignorantes de lo que sucedía, tocaron pitos de alarma y corrió al embarcadero la pareja de Seguridad, hasta que averiguada la causa del escarceo, trocóse en risas y en silbidos la pública expectación.

Entretanto, los dos remeros bogaban vigorosamente, alejándose del muelle.

– ¿Qué hemos hecho? – murmuraba doña Angustias, llorando á lágrima viva.

Don Prudencio no pudo contestar, porque la emoción se lo impedía; y en cuanto á Nicolasa y Pascualico, permanecían mudos de miedo, formando un grupo con sus padres.

El bote se deslizaba sobre las aguas, movidas á favor del sudeste, y en ocasiones algunas gotas salpicaban á los viajeros. Llegados éstos al pie de la escala del *Alfonso XII* volvieron las dificultades para que doña Angustias lograse saltar á los peldaños; mas vencidos los contratiempos remataron felizmente la expedición.

Doña Angustias, dueña ya de sus facultades, dijo á su esposo, entre iracunda y avergonzada:

– ¡Esto es una imprudencia! Aquí no hay quien nos reciba.

Y fijando luego la vista en la arboladura y en las escalas que parecían ascender al cielo, cambió de tono y exclamó con espanto:

– ¡Virgen Santísima! Es imposible subir tan alto. Lo que es yo, me quedo aquí abajo.

Don Prudencio le hizo conocer el error de sus apreciaciones y seguidamente comenzó la visita.

La imaginación más fecunda sería incapaz de hacer la reseña de las impresiones que experimentaron D. Prudencio y su familia. Todo les causaba extrañeza, pues jamás habían visto aglomerados tantos detalles de comodidad, riqueza y elegancia. Los mármoles, las maderas talladas, la profusión de luces eléctricas, la magnífica escalera de popa, el suntuoso comedor, el mobiliario, las máquinas, las múltiples dependencias, les arrancaban exclamaciones de asombro.

El oleaje de la bahía no afectaba al *Alfonso XII*. Ceñíase á las bandas, en ondulante línea, pero el casco permanecía inmóvil, de suerte que sin esfuerzo juzgábanse los forasteros como si estuvieran en su propia casa.

Llegó la hora de volver á tierra. Había muchos visitantes á bordo, y doña Angustias y sus hijos siguieron la acción de varios de los que iban á embarcarse y tomaron las escalas, en la creencia de que D. Prudencio formaba parte del grupo, toda vez que llamado por Pascualico, respondió un momento antes.

Confundidos, según acontece en los sitios de aglomeración de gente, entraron en el bote, y sólo entonces notaron la falta de D. Prudencio. La mar engrosaba por instantes y los remeros deseaban llegar al embarcadero; así es que al preguntar doña Angustias por su marido, contestó uno de los boteros, mientras los expedicionarios se alejaban del *Alfonso XII*:

– *Ma paesío veslo* en aquel bote que se *satraca* del *vapó*.

– Pues yo no lo veo, – advirtió doña Angustias.

– Vamos otra vez al barco, – añadió Pascualico.

– Por mi *salucita*, le digo á *osté* que no podemos, – observó el marinero.

– Le daremos á V. doble de lo tratado, – insistió la pobre señora.

– *Manque mos* diera *osté* más perros chicos que vale el *vapó*.

– Pero, hombre de Dios, ¿por qué es V. tan terco?

– Señorita, ¿no está *osté* mirando que la mar *mos* come?

– ¿Y mi marido?

– Ahí detrás viene.

– ¿Y si no se ha embarcado?

– Entonces, estará tan ricamente, porque ese buque no hace agua.

Los forasteros desembarcaron y se decidieron á sentarse en la Cortina del Muelle, aguardando el regreso de D. Prudencio. Por desgracia, éste no volvía y la situación empezaba á ser en extremo violenta.

Cerró la noche. La masa del vapor borróse entre las brumas, y la atribulada familia aun miraba con ojos espantados aquel mar inmenso que, en vez de los brillantes colores con que se embellecía por la tarde, mostraba en la proximidad del embarcadero acerados y fugitivos reflejos, semejantes á diabólicas sonrisas.

Doña Angustias derramaba lágrimas como ciruelas; la niña sollozaba y Pascualico berreaba de tiempo en tiempo:

– ¡Papá!

Transcurridas algunas horas de desesperación y cuando no sabían qué partido tomar, pasó al lado de la infortunada familia un guardia de Seguridad y creyendo ver doña Angustias en aquel hombre la solución del problema, lo detuvo y le dijo llorosa:

– ¡Mi esposo se ha perdido!

El agente abrió tanta boca, y pidió explicación de lo sucedido; pero al saber que se trataba del vapor apresuróse á replicar:

– Señora, el *Alfonso XII* ya no está en el puerto.

– ¿Que no está?

– Se ha ido, hace más de dos horas.

– ¡Ay, San José bendito! Málaga va á ser mi sepultura.

– Vamos, señora; no se ponga V. así. ¿Qué es lo que V. desea?

– Que me indique la residencia del señor obispo, porque somos forasteros.

– Con mucho gusto; pero en lo del esposo que se ha perdido, nada puede hacer el obispo.

– ¿Cómo que no?

– El asunto corresponde al gobernador civil.



BUSTO DE BRONCE: ESTUDIO PARA EL GRUPO *Sagunto* de D. Agustín Querol

– Y ¿qué tiene que ver el gobernador en las cosas de las familias?

– Puede dar orden para que busquen á ese caballero, que es, sin duda, lo que V. solicita.

– Sí, sí.

– ¿Quiere V. que vayamos á la Aduana, donde vive el gobernador?

– Yo lo que quiero es encontrar mi marido.

– Tranquilícese V., que lo encontrará.

Fueron á la Aduana y contaron el caso al gobernador quien telegrafió á su colega de Cádiz en demanda de noticias que debía adquirir en el *Alfonso XII*, tan luego llegase el vapor al puerto.

VIII

Omitimos la mención de las amarguras y las terroríficas visiones que acompañaron á doña Angustias y sus hijos, durante la noche pasada en el hotel sin la compañía de D. Prudencio. Era la primera vez que estaban privados de su vista, y esto por intervención de un azar incomprensible; pero en lo sucedido figuraba un tremendo factor, el mar; y acaso sus veleidades inicuas habrían destrozado la fastuosa embarcación, arrojando á la costa sus restos informes y arrebatando la existencia al excelente padre de familia.

¡Qué diferencia entre la agonía de las hora presentes y el plácido reposo gustado hasta entonces en el humilde pueblo de la Vega de Granada!

El día transcurrió de la manera más cruel que puede imaginarse. Pascualico fué dos ó tres veces á la Aduana, pero el gobernador no había tenido noticia alguna, trasmitida por su compañero el de Cádiz.

La situación se hacía insostenible, mas á la noche doña Angustias recibió un telegrama, que decía así:

«Llegué Cádiz sin novedad. Salgo mañana Málaga.

»Prudencio.»

Hubo sus dificultades para traducir aquel parte, de abreviada redacción, y á la postre doña Angustias y sus hijos lograron penetrarse de su contenido. Sin embargo, una duda los asaltaba: ¿era de D. Prudencio el parte? ¿No podía ser de otra persona? Y puesta la imaginación en el terreno de las suposiciones, divagó á placer, aunque aceptando con preferencia lo inverosímil y lo absurdo.

– Vamos en busca del gobernador, – dijo por fin doña Angustias. – Yo quiero que conozca este papel.

Y la afligida esposa, con la reata de sus hijos, corrió al despacho de aquella autoridad.

El gobernador estaba en el teatro-circo de la Opera, y los forasteros se encaminaron allí, tomaron las respectivas entradas, preguntaron por el palco donde se encontraba el representante del Gobierno, y lo invadieron en masa. Miró el gobernador con disgusto semejante visita,



LA LECCION DE ESCRITURA.—Copia del cuadro de Enrique Pastelini.



UN IDILIO EN LA ARCADIA, cuadro de C. Wunnenberg



COCHEROS DE PLAZA, dibujo á la pluma de G. de Ankarcrona

mas antes que hubiera podido hablar una palabra siquiera, exclamó doña Angustias, mostrándole el telegrama:

– Lea V.

Leyó la autoridad, y se encogió de hombros, con lo cual añadió la esposa de D. Prudencio:

– Mire V., señor gobernador; mi esposo ha sido secuestrado.

– Señora, repare V. que eso es imposible.

– La gente de mar no me inspira confianza.

– Pero...

– Mi marido, aunque me esté mal el decirlo, es primer contribuyente en nuestro pueblo; tiene muy cubierto el riñón, y nada hay de extraño en que algunos pícaros, enterados de este viaje, quisieran dar un golpe de mano.

– Tranquilícese V., señora. Su marido está libre y contento, en Cádiz. Claramente lo dice el despacho telegráfico que V. ha recibido.

– Pero, señor gobernador, – insistió doña Angustias agitando el papel, – ¡si esta no es la letra de mi marido!

El gobernador hizo un esfuerzo para reprimir la risa ante aquel alarde de ignorancia, y al cabo logró calmar la familia, recomendándole que á la hora oportuna del día siguiente fuera á la estación del ferrocarril, donde tendría el placer de abrazar á D. Prudencio.

Doña Angustias y Nicolasa se despidieron del gobernador suspirando y Pascualico, más vehemente, lanzó un *¡Papá!* que interrumpió en una escena culminante la representación y fué contestado con un enérgico *¡Fuera!* por el público sorprendido.

Los lugareños, rojos de vergüenza, atropellándose y taconeando, abandonaron el teatro entre la rechifla general y corrieron al hotel á ocultar sus lágrimas y su quebranto.

IX

La familia acudió á la estación del ferrocarril, y como no llegó D. Prudencio, estuvieron doña Angustias y sus hijos á punto de enloquecer. Por fortuna, repitieron el paseo al otro día, desolados y temerosos de recibir un desengaño.

A la hora reglamentaria mostróse el tren entre las hiladas de árboles de la vía, y latieron á un mismo tiempo los corazones de la madre y los hijos.

– ¡Míralo! ¡Míralo! ¡Allí viene! – exclamó doña Angustias.

– ¡Ay qué gusto! – añadió Nicolasa.

– ¡Verdad que está ahí! – observó Pascualico.

Y, en efecto, la mitad del cuerpo de D. Prudencio asomaba por una ventanilla, así como una mano que agitaba el sombrero de paja.

Excusamos describir la efusión de la familia, al verse confundida en un abrazo expansivo, monumental; en uno de esos abrazos que sólo resisten las complexiones robustas.

Un chaparrón de preguntas cayó súbito sobre D. Prudencio; y como era imposible satisfacer con una sola respuesta la curiosidad de la esposa y de los hijos, tuvo que decir el viajero:

– Poco á poco. Vamos por partes. Tomemos el coche que ha de llevarnos al hotel y hablaremos en el camino.

– Bueno, bueno, – replicó doña Angustias; – pero ¿por qué no llegaste ayer, conforme habías anunciado?

Guiñó D. Prudencio un ojo con aire de conquistador; echóse el sombrero sobre la ceja izquierda; púsose en jarras y á media voz comenzó á cantar:

A mí me gusta Sevilla
por los toreros,
la puerta de la Carne
y el Matadero.

– ¡Hombre! ¡hombre! – observó su esposa estupefacta.

– Calla, – insistió D. Prudencio mudando de actitud y haciendo palmas al estilo de los bailes y los cantos *flamencos*. – Sevilla es la tierra de *buten*.

– ¿Qué dices?

– Pues, nada. Que subamos al coche.

Así lo hicieron y, ya en marcha, habló D. Prudencio de este modo:

– Cuando visitamos el *Alfonso XII*, distraído con las curiosidades de tan hermoso barco, no advertí que se ponía en movimiento. Había yo bajado á la cámara y estaba tomando cerveza y hablando con el mayordomo.

– ¡Cerveza! una bebida que, según dicen, sabe á... demonios, – interrumpió doña Angustias.

– Noté por último, – siguió su esposo, – que el vapor se movía demasiado y, la verdad, incurrí en la prosa de marearme. Parecía que el aire me faltaba y subí al puente en su busca. Entonces miré con espanto á todos lados y... en lugar de Málaga, hallé una línea confusa de tierra y en sustitución de las olas apacibles de aquel puerto, olas verdes coronadas de espuma, que se abrían á la manera de medrosos valles.

– ¡Qué horror! – dijo temblando doña Angustias.

– No lo creas; todo ello se reducía á la *mar bella* de que habla Julio Verne.

– Pero, papá, – observó Pascualico, – ¿de qué le han servido á V. las lecturas de ese autor? Yo creía que después de aprenderse, casi de memoria, tantas cosas de mar, estaría V. libre del mareo.

– Eso creía yo también, – repuso D. Prudencio, – sólo que me he equivocado.

– ¡Para fiarse de los libros! – añadió sentenciosamente doña Angustias.

– En fin, hija, tuve que resignarme.

– Y ¿por qué no se detuvo el barco? – preguntó Nicolasa.

– No seas ignorante. Un buque en marcha es una cosa muy seria.

– Pero si V. iba allí por equivocación debieron remediar lo sucedido.

– ¡Vaya si lo remediaron! Como que desembarqué en Cádiz.

– Hombre, tiene gracia. Si allí iba el vapor no te hicieron ningún obsequio, – arguyó doña Angustias.

– En Cádiz pagué mi pasaje, me despedí del capitán y pensé, únicamente, en llegar á Málaga lo más pronto posible.

– Se conoce, hijo, se conoce.

– Vamos, Angustias, haya indulgencia. Figúrate que en la fonda, después de ponerte el parte anunciando mi próxima salida, me llenan la cabeza de cosas de Sevilla, en términos que no era posible resistir la tentación.

– ¿Y el recuerdo de tu familia?

– En el mismo sitio; en el alma.

– Pícaro, eso no se hace.

– Entré en deseos de conocer esa capital y tomé billete sólo hasta Sevilla, para dedicarle siquiera algunas horas.

– Y ¿por qué no avisó V. el cambio? – preguntó Pascualico.

– Porque hubiera sido alarmante trasmitir un telegrama á los pocos minutos de enviar el primero, – contestó D. Prudencio.

– Un buen esposo y un buen padre no se pára en esos temores, – advirtió doña Angustias.

– ¡Lo que se aprende en los viajes! – exclamó don Prudencio, como si no hubiese oído la filípica de su mujer.

– Ya lo veo, – insistió ésta; – se aprende á tunantear.

– ¡Ay qué barrio de Triana! ¡Qué barrio de San Bernardo! ¡Qué orillas del río!

– Papá, – dijo Pascualico entusiasmado, – yo quiero ir á Sevilla cuando sea ingeniero agrónomo.

– Es una cosa muy puesta en razón, – respondió su padre; y como habían llegado al hotel, se dió por terminado el tiroteo de quejas y reconvenciones, nacidas del cariño, y sólo pensaron todos en regresar al pueblo, lo que efectuaron al otro día.

X

– Y bien, amigo mío, – preguntaba algunas noches después el cura á D. Prudencio, sentados en la habitación donde los conocimos al empezar esta historia; – ¿sostiene usted las ideas que antes de emprender el viaje?

– Calle V., señor cura, – interrumpió doña Angustias.

– ¿Por qué, señora?

– Porque se me sublevan los nervios cuando se habla de viajes.

– ¡Bah! – repuso D. Prudencio, – esas son exageraciones. Todo el mundo viaja, y á nadie se le ocurre estremecerse por semejante asunto. En cuanto á la pregunta de V., señor cura, he de ser franco. Reconozco, lealmente, que anduve equivocado.

– Me place la manifestación, – dijo sonriendo el párroco. – La teoría siempre se nos presenta como el camino llano, y si queremos convertirla en práctica, se transforma en áspera pendiente.

– Convenido; pero en tal caso, y concretándome á nuestro viaje, ¿cómo se explica que antes y ahora juzgase usted que realizado por nosotros iba á resultar un fiasco?

– La razón es muy sencilla.

– No la adivino.

– Pues consiste, simplemente, en que esa expedición estaba informada por la vanidad.

– Y ¿acaso la mayoría de las expediciones de recreo no obedecen á igual móvil?

– Sin duda; mas hay una diferencia. Las expediciones de que V. habla las hacen personas acostumbradas á la sociedad; y la que V. y su familia llevaron á cabo fué una serie de contratiempos y accidentes, porque faltaba la práctica de aquella base, precisa para los detalles y para lo que supone algo esencial.

– Pues yo, – atrevióse á observar Pascualico, – he notado que en los viajes se aprende mucho.

– Cierto que sí, – contestó el sacerdote.

– Mire V., señor cura, ¿qué dirá V. que me ha llamado la atención?

– Habla y lo sabremos.

– Es una cosa que me hace pensar y pensar, y me da una guerra... Vamos, que cuando yo sea ingeniero agrónomo veré si consigo sacar adelante mi idea.

– Bueno, hombre; pero ¿de qué se trata?

– Pues de que en Málaga tienen yo no sé cuánta agua en el mar, delante de las casas, y no se le ha ocurrido á la gente aquella convertir en tierra de labor un pedazo de quince ó veinte fanegas.

– ¡Ave María Purísima! – exclamó el párroco, riendo á más y mejor.

– ¿Qué dice V., padre cura?

– Nada, Pascualico, nada. Que tocan las *Animas* en la iglesia.

AUGUSTO JERÉZ PERCHET

UN MÁRTIR DESCONOCIDO

La política tiene el triste privilegio de cubrir su camino de innumerables víctimas.

Pero no lo son tan sólo aquellos que en extranjero suelo, ó en el presidio tenebroso, ó en el sangriento campo de batalla, sucumben en aras de una idea. Hay mil y mil víctimas, que viven oscurecidas y mueren ignoradas, sin pasar su nombre á la posteridad con la corona de los héroes ni con la aureola de los mártires.



MI RETRATO, copia del cuadro de Carlos Verlat.—Vista de Jerusalén

Es la política, en nuestra desgraciada nación, torrente que todo lo arrastra, fuego que todo lo consume, mons-

truo que todo lo devora. Enerva las fuerzas, debilita los afectos, roba las inteligencias, esteriliza todo. Predicaciones que seducen, ideales que arrebatan, utopias que fascinan, llegan á las masas en impetuosas oleadas, que no pocas veces las sepultan. La imaginación meridional es siempre seductora, y casi siempre seducida. Y fácilmente esas predicaciones y esos ideales y esas utopias llevan á la exaltación, al delirio, y, sobre todo, al fanatismo.

Y el fanatismo no se arredra ante las persecuciones, ni las cárceles, ni los cadalsos; y menos puede arredrarse ante las privaciones y las desgracias, que suelen ser sus inseparables compañeras. Es infinito el número de los fanáticos que, alucinados por ideas de difícil realización y seducidos por principios de imposible práctica, pueden clasificarse entre las víctimas oscuras de la política. Ilusos que viven en perpetuo pacto con la adversidad y con el hambre, imponiéndose sufrimientos inútiles y sacrificios estériles, obtienen por recompensa única el dictado de «un hombre consecuente,» ó el de «un hombre de buena fe,» sinónimos, en realidad, de tonto ó de fanático. Por esto, sin duda, se repite que «la política es para los bribones,» á modo de apotegma ó axioma popular.



EL OSO POLAR «LILLIMORE», cachorro del Jardín Zoológico de Londres

Entre otras mil historietas que pudieran narrarse en confirmación de esta tesis, puede bastar la de uno de tantos mártires ignorados, deslumbrado y ciego por los espejismos de la política.

León, que así se llamaba el protagonista, creía que España debía ser un pueblo de leones. No sabía que, al decir de sesudos historiadores y cronistas, fué más bien un pueblo de conejos – en fenicio, *span* – y que por tal razón se llamó *Cunicularia*, ó *Conejera*. Pero León, que creía personificada en la fiera de su nombre á la nación, la hubiera convertido de buen grado en una selva de leones. Era uno de tantos entusiastas que se enardecía al leer ó al escuchar aquello de «nuestros fueros venerandos,» y «nuestras sacrosantas libertades,» y «la degradante esclavitud,» y «el execrable despotismo;» era, en fin, uno de tantos fanáticos que v ven en los lugares comunes de la oratoria y se nutren con las frases de fiambre de la elocuencia malamente llamada popular.

Nuestro hombre, como tantos otros caballeros andantes de los partidos avanzados, se pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, soñando despierto y delirando dormido, con la palanca revolucionaria, y la piqueta demoledora, y tronos que se derrumban y pueblos que se levantan. El fanatismo vive fronterizo de la locura, y nuestro protagonista tenía la locura de las conspiraciones; una de las pocas manías no clasificadas ni estudiadas por frenópatas y alienistas. Porque creía, como otros muchos impacientes, que es inútil y estéril el «período de propaganda,» y que «debe acelerarse el período de acción,» ó, lo que viene á ser lo mismo, que para madurar la fruta no hay cosa mejor que sacudir el árbol.

Así es que no había reunión secreta, en más ó menos grado, á que no perteneciese León, ni plan más ó menos tenebroso á que no coadyuvase, ni conspiración de mayor ó menor cuantía á que no estuviese afiliado. Tienen las llamadas «sociedades secretas» algo que atrae y que seduce... á los que encuentran algo atractivo y seductor en las sombras y en los misterios. Pero esas sombras y misterios se disipan las más veces á la luz siniestra del desengaño. Los «fondos secretos» destinados á pagar «confidencias,» más ó menos fidedignas, arrojan luz bastante para disipar esos misterios y esas sombras.

No pocos disgustos y sustos le había deparado su afición. Proyectos que se malogran, planes que abortan, empresas que fracasan son las escenas más repetidas en la comedia en mil actos de las conspiraciones. Comedia que repetidas veces se convierte en tragedia, porque su escena final es la catástrofe.

Es una vida de inquietudes y sobresaltos sin número la de los enajenados que padecen la manía de la revolución. En sus vigilias esperan con afán indescriptible ver ú oir la señal del alzamiento. En sus sueños vislumbran con frecuencia el espectro del delator, cuando no la silueta del verdugo. Su libertad depende de una indiscreción ó una deslealtad; su muerte, de una traición ó una venganza. No en balde, pues, se llama «hombres consecuentes» ú «hombres de buena fe» á esos ilusos ó fanáticos, que tienen el fanatismo de la ilusión y la ilusión del fanatismo.

Pero, aparte de estas inquietudes y sobresaltos, de esos riesgos y peligros, suelen vivir como proscritos en su sociedad, como desterrados en su tierra, como extranjeros en su patria. Los fanáticos políticos llevan una especie de sambenito por sus opiniones avanzadas. Se huye de ellos, se evita su contacto, se rehusa su compañía, se teme su confianza, se rechaza su amistad. Y esto sucede en el taller, en el obrador, en la oficina, en la calle, en el paseo, en todas partes. Son locos peligrosos, aunque sean pacíficos. Y la sociedad huye ó finge huir de los locos, aun no siendo otra cosa que un manicomio suelto.

León había pasado por todas esas inquietudes y zozobras, por todos esos riesgos y peligros. Había recorrido paso á paso, cayendo y levantándose, la calle de la Amargura, y estado no muy lejos del Calvario. Su partido estaba en la desgracia; sus amigos, en la proscripción ó en el presidio; sus adversarios, en las alturas del poder. Y León había ido descendiendo la escala de los partidos vencidos, haciéndose el vacío en torno suyo, desde el taller hasta el hogar.

En los talleres se reputan como peligrosos estos fanáticos, porque un fanático es un loco, y «un loco hace ciento,» ó hace mil. Perturban el trabajo, porque los que hablan mucho hacen muy poco. Combaten al patrono, porque los fanáticos consideran irreconciliables enemigos el trabajo y el capital. Soliviantan los ánimos de sus compañeros, porque traman planes, conciertan proyectos, forman sociedades, fraguan conspiraciones, organizan huelgas, promueven asonadas y motines, y hacen estallar revoluciones. – Por esto se hace el vacío en torno suyo, ó. se les expulsa y se les cierra las puertas del taller.

En el hogar doméstico sucede igual, más tarde ó más temprano. La vida azarosa del conspirador perturba, empobrece, arruina, disuelve la familia. El informe del delator, el registro domiciliario, el auto de prisión, la sentencia de presidio, son otros tantos fantasmas que ciernen sus negras alas en el cielo antes sereno del hogar. Y en él se refleja, en plazo más ó menos largo, lo ocurrido en el taller. Cuando se cierran las puertas de uno, difícilmente se abren las de otro, contra lo que afirma el refrán. El revolucionario es un ser que contagia y contamina, y todas las puertas se le cierran, hasta las puertas del hogar. Cuando el trabajo disminuye, aumentan los trabajos. La paz reina cuando reina el dinero en el hogar doméstico; pero cuando el dinero falta, la paz falta también. A la abundancia sigue la escasez; á la satisfacción, las privaciones; al aplauso, las censuras; y la escasez y las censuras y las privaciones son heraldos de la guerra. – Por esto se hace el vacío en torno suyo, como primero en el taller, después en el hogar.

Por todo esto pasó el pobre León. Señalado como revolucionario impenitente y conspirador incorregible, no tardó en hallarse sin trabajo y en buscarle, aunque en vano, en todas partes. Principiaron las privaciones, y aumentó el malestar. A las privaciones acompañaron las reconvenciones, siguieron los denuestos, y estallaron las disensiones y los disturbios. La paz cesó de ser reina de aquella casa; y el reinado de la paz es de muy difícil restauración.

Las recriminaciones por sus aficiones políticas era lo que más exasperaba á León.

– La política no es para los pobres. La política del trabajador es no ocuparse de la política. La política del obrero es el trabajo. Cuando los partidos triunfan, el triunfo es de los jefes, y los trabajadores siguen trabajando. Cuando los partidos son vencidos, los jefes emigran y se salvan; y los soldados de fila son fusilados ó son presos.

Todo esto, con infinitas variantes, le repetían á León, haciéndole perder lo único que le quedaba: la paciencia.

Lo único que le quedaba, ó poco menos; porque, en semejantes ocasiones, muy poco ó nada queda. Primero se acaban los ahorros; después, las alhajas y ropas menos necesarias; después, las más precisas; después, el crédito. ¡Ah! ¡el crédito! Desgraciadamente para el trabajador, su crédito se acaba al mismo tiempo ó poco después que su trabajo. Y el que ostenta el sambenito de la política tiene poco trabajo y menos crédito. ¿No se ha deparado él su mala suerte por sus pecaminosas aficiones?... ¿No se ha buscado su malestar y su ruina por sus ideas revolucionarias?... ¿No sabe que la suerte de los redentores es ser crucificados, y que el destino de los «descamisados» es no tener camisa ni destino?...

Ello es que todo fué acabándose; y cuando en la casa se acaba todo, se acaba hasta la casa. Cuando no había nada qué empeñar ni qué vender, ni nadie á quién pedir, León se vió demandado de desahucio. Es lo último que se puede tener el no tener casa. Los que no tienen casa, nada tienen. Es decir: pueden tener el asilo, el hospital, la cárcel; tres casas que, por ser casa de todos, no son de nadie.

La desesperación de León no tuvo límites. Le iluminaba, sin embargo, una esperanza, última luz que se extingue entre las tinieblas de la vida. Se esperaba de un instante á otro «un movimiento.» Sabía que «los suyos» iban «á echarse á la calle,» y no podían menos de triunfar. Contaban, según creían, según creen siempre, con numerosos batallones, y su triunfo era seguro. Pidió al casero y obtuvo una breve tregua. Se había salvado, pues no debía tardar en resonar el grito de guerra...

Y resonó por fin. Y León, en unión de «los suyos,» se batió con heroísmo digno de mejor causa. Pero de nuevo fueron vencidos, y de nuevo principiaron los fusilamientos, las prisiones, las deportaciones; todo el séquito de medidas de rigor obligadas en tales casos.

León lo había perdido todo, menos el honor... y la vida, que había sacado sana y salva; y asimismo perdió la libertad. Aunque había logrado ocultarse después de la derrota, no faltó un miserable delator que le hizo caer bajo las garras de la policía. León fué preso. Y se probó que había conspirado y que se había batido, y los señores de la curia escribieron largo y tendido acerca del revolucionario relapso y contumaz.

(Concluirá)



CABEZA DE ESTUDIO, copia del cuadro de E. Harburger

CRÓNICA CIENTÍFICA

Fuente luminosa para una mesa de comedor.—La mesa en que come M. Gastón Menier merece ser calificada de mesa mágica pues, entre otras cosas, las fuentes circulan por ella sobre un ferrocarril eléctrico deteniéndose delante de cada comensal: de hoy en adelante contará con el nuevo atractivo de una fuente luminosa para cuyo establecimiento ha tenido que vencer no pocas dificultades aquel distinguido aficionado á las ciencias.

Para ello ha practicado en el centro de la mesa un agujero de 1'10 metros de largo por 0'90 de ancho y colocado en él un receptáculo de zinc ZZ (fig. 2) de forma poligonal y de anchos bordes inclinados: en el centro del fondo está el proyector de la luz eléctrica compuesto de



Fig. 1.—Fuente luminosa para comedor, de M. Gaston Menier

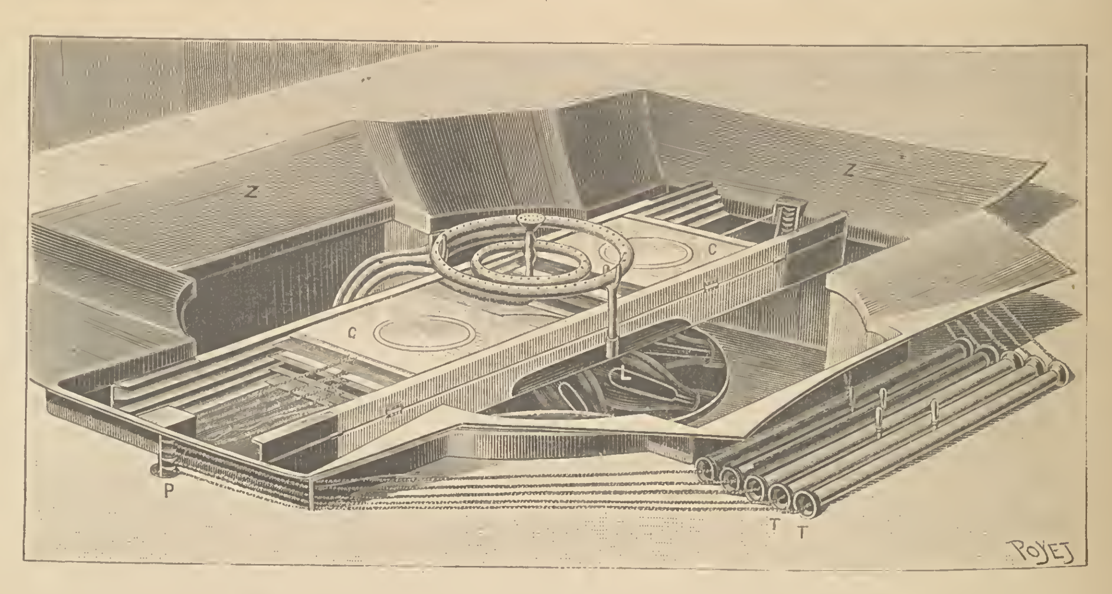


Fig. 2.—Mecanismo de la fuente luminosa de M. Gaston Menier

una caja redonda de metal cuyo fondo está formado por un cristal azogado y cuya tapa es de cristal claro. Dentro de la caja hay colocadas en círculo seis lámparas incandescentes, tres de las cuales se ven en la fig. 2. Para evitar que al contacto del agua fría se quiebre el cristal calentado por las lámparas se ha colocado encima de él y á una distancia de algunos centímetros otro cristal sin azogue. Sobre el proyector hay un juego compuesto de dos coronas concéntricas y en el centro una roseta de regadera que reciben el agua por un tubo principal disimulado por la tabla de la mesa. Los diferentes conductos van provistos de una llave colocada al alcance del dueño de la casa, quien puede de esta suerte cambiar los efectos á su antojo. Los cambios de color se obtienen por medio de cristales puestos entre el proyector y el salto de agua, cada uno de los cuales va montado en un marco especial de unos tres decímetros de lado que se desliza por una ranura especial: los cristales están reunidos dos á dos dejando entre ellos un espacio de 30 centímetros para dejar paso á la luz blanca. Cada par de marcos tiene atada una cadenita que pasando por pequeñas poleas P da la vuelta á la mesa y va á parar delante del que ha de hacer funcionar el aparato quien por medio de las manecillas T, cada una correspondiente á una cadenita, puede acercar uno ú otro de los cristales: de éstos hay cinco pares y de su combinación pueden resultar muchos colores. Un cristal con una abertura en el centro en la que encaja otro cristal de color distinto permite iluminar el chorro central independientemente de los laterales, apareciendo de este modo dos colores diferentes á la vez.

La fig. 1 da una idea del aparato funcionando: este centro de mesa, rodeado de flores, puede competir por su novedad y por su elegancia con las mejores piezas de orfebrería.

(De *La Nature*)

El puente sobre el canal de la Mancha. – La idea de unir á Inglaterra con el continente por medio de un puente no es nueva, sino que data de principios del siglo; pero de todos los estudios y proyectos desde entonces realizados el de los señores Schneider (contratista de obras públicas francés), Hersent (francés también y director de la gran fábrica de Creusot), Fouer y Baker (ingenieros ingleses) es indudablemente el que mayores garantías ofrece así por la competencia de sus autores y por los grandes progresos hechos en la industria del acero y en los sistemas para los trabajos submarinos como por haber sido adoptado por una poderosa compañía inglesa, *The Channel Bridge*, y contar con el apoyo de los más ilustres hombres públicos de Inglaterra y de Francia.

El puente que arrancará de la costa francesa, cerca del cabo Gris-Nez, y terminará en las inmediaciones de Folkestone, tendrá 38 kilómetros de longitud y no será completamente rectilíneo porque para facilitar la obra se utilizarán dos escollos, el Varne y el Colbart, en donde la profundidad es de 6 á 7 metros en la bajamar: descansará sobre 55 pilas cuyos cimientos de mampostería, construídos en cajones metálicos, alcanzarán profundidades que variarán entre 6 ó 7 metros en los citados escollos, 24 cerca de la costa inglesa, 40 cerca de la francesa y 55 en el centro del estrecho; las distancias entre pila y pila serán alternadas de 300 á 500 metros, de 200 á 350 y de 100 á 250. Las pilas que se establecerán en la profundidad de 55 metros tendrán en su base una superficie de 1604 metros cuadrados; las demás tendrán como mínima una anchura de 25 metros.

En el proyecto se calcula que el total de la obra de mampostería de las pilas no bajará de 4 millones de metros cúbicos y que se emplearán en ellas 70.000 toneladas de hierro: la construcción de cada pila, inclusos los trabajos que se hagan en tierra, exigirá 477 días laborables y 160 de huelga en previsión de las fiestas y del mal tiempo. Entre la superficie del agua en la pleamar y la superficie interior del puente mediará una distancia de 54 á 57 metros, suficiente para permitir el paso de los buques de más alto bordo. El puente será de acero economizándose así un 50 por 100 de peso con relación al hierro.

El costo total de la obra se estima en 860 millones de francos.

(De *La Nature*)

NOTICIAS VARIAS

Longevidad de los elefantes. – Los periódicos de la isla de Ceilán se han ocupado hace poco tiempo de la muerte de un elefante muy conocido allí, y que lo ha sido también por muchas generaciones de ingleses; este elefante llevaba el nombre de Sello, había pertenecido al último rey de Kandy, Sriwi Krema-Rajah-Singha, y era uno de los cien elefantes de que se apoderó el gobierno inglés en 1815, cuando cayó la dinastía kandiense, y la isla entera pasó á poder de la Gran Bretaña.

Por aquella época se aseguraba ya que Sello tenía quince años, por consiguiente, si esta cifra es exacta, habrá fallecido de muerte natural á la edad de ochenta y nueve años. Casi toda su vida se le empleó en las obras públicas de la isla, como construcción de caminos, acarreo de fardos, empedrados, roturación de terrenos, etc.; vendiósele en 1880 y lo compró un habitante de la isla. A veces sirvió en los campos donde se reduce á domesticidad á los elefantes salvajes. Era sumamente manso, inteligente y obediente; hace unos dos años se quedó enteramente ciego á pesar de lo cual, continuó tirando el arado hasta el fin de su vida.

Después de su muerte se le arrancaron los colmillos, que tenían cinco piés de largo. La talla del animal era de ocho pies.

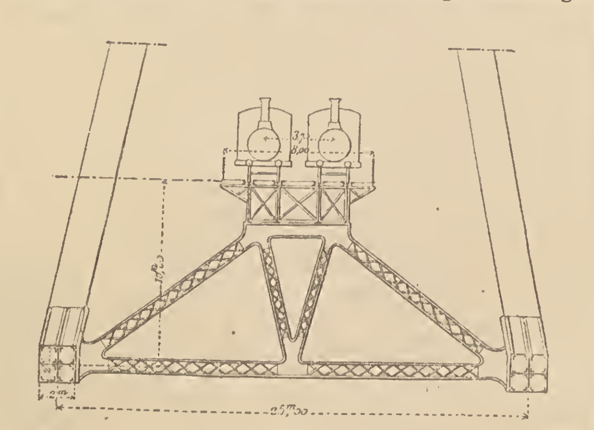


Fig. 1.—Sección transversal en el centro del tramo de 500 metros. (Puente sobre el canal de la Mancha)

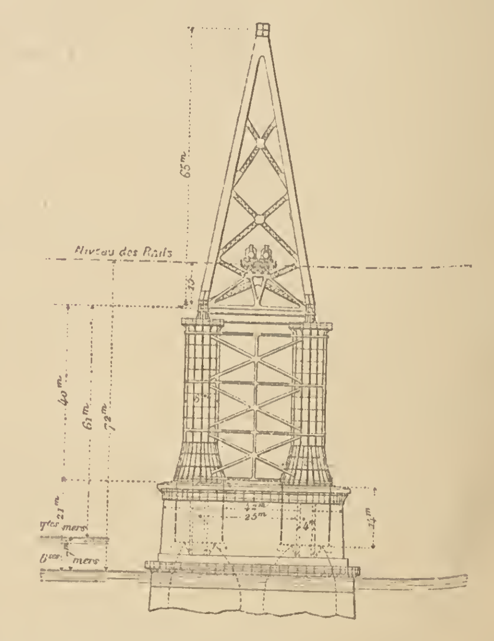


Fig. 2.—Sección transversal en una pila



Fig. 3. – Vista general del puente sobre el canal de la Mancha. Según una acuarela que acompaña al anteproyecto de los SS. Schneider y Hersent (franceses) y Fowler y Baker (ingleses)

Imp. de Montaner y Simón